

Miami” (53), son ejemplos de, por una parte, el recorrido que Mayor Marsán lleva a cabo por su ciudad en el intento de captar, y ofrecer, diversos ángulos de aproximación a un conglomerado que se renueva en su diario acontecer y, por otra, la comunión que ha demostrado con el espacio ciudadano. Miami es la protagonista de *Poemas de la ciudad* y el lector acepta que ahora hay que percibir la ciudad, devenida personaje, como parte integral del discurso de inclusión que la poeta propone; al mismo tiempo, hay que admitir que este canto es una forma más de proyectar la imagen, de perfil cosmopolita, que ya está adosada a esta joven metrópolis.

Como dato significativo, y respondiendo a la autenticidad de Miami, es menester recordar que el título del poemario, que aparece en dos idiomas, refleja la personalidad bilingüe de la ciudad. Sin embargo, no es tan sólo el título el que aparece traducido; todos los poemas que conforman *Poemas de la ciudad* van a encontrar su versión en inglés, en la segunda parte del libro, bajo *Poems of the City*. Esta estrategia discursiva prueba otra necesidad de la autora: mostrarse en dos idiomas. Si en “Cubanoamericana” (39-40) alega, tras el epígrafe de unas palabras fundamentales de Gustavo Pérez Firmat, que “Mi horizonte es de dos” (39), lo que se intuye es que la dualidad lingüística va a representarse de principio a fin en la totalidad de la composición poética. El individuo ha compartido su esencia con la ciudad; Miami responde positivamente ante el colectivo que la reclama como suya. Mayor Marsán, a la que conocemos por su frecuentación de otros géneros literarios, vuelve a invitar a sus lectores a disfrutar poemas de su creación y que, tal y como reza en el prólogo, promete que no serán los últimos sobre el tema.

HUMBERTO LÓPEZ CRUZ  
ANLE y *University of Central Florida*

Operé, Fernando. *Liturgia del atardecer*. San Juan, Puerto Rico: Editorial Isla Negra (Colección Filo de Juego), 2016. 81 pp. ISBN: 978-9945-581-84-3. Impreso.

Con la publicación en 2016 de *Liturgia del atardecer*, Fernando Operé (Madrid, España, 1946), catedrático de Literatura en la Universidad de Virginia, EE.UU., elabora un ritual solemne y testimonial

de aguda vivencia poética en treinta y tres acendrados poemas que reverberan desde hace casi una treintena de años, con diversos matices, en sus quince poemarios anteriores<sup>1</sup>. El título en sí, *Liturgia del atardecer*, podría insinuar un paulatino decreciendo de la luz, de la plenitud física asediada por los años, y, sin embargo, propulsa una templada y reflexiva concienciación del paso del tiempo en el poeta para que las revelaciones, la memoria y las emociones vayan aflorando, destiladas en actos de creación, y exterioricen el amanecer de un himno en crescendo que se erija en memorial de “la aventura diaria de la sangre”.

*Liturgia del atardecer* es un poemario sucintamente reflexivo y conceptualizado, pero que, a la vez, se expande en apaciguadas olas de cálida proyección emotiva en torno a algunos de los temas más recurrentes de la lírica de Fernando Operé como son los recuerdos, el tiempo, el amor, la preocupación social y la creación poética. La voz personalizada desde el *yo* convoca a la participación de los lectores, no exclusivamente como máscara dramática sino porque se percibe en los versos sinceridad y no postura, un prurito comunicativo para esclarecer la emotividad del propio poeta y, al mismo tiempo, para fomentar una conciencia comunitaria. Por ello, la escritura se manifiesta como actividad vital, un oficio habitual e íntimamente velado en continua alerta ante la sorpresa inesperada. Asimismo, en el recinto del poema se conjugan la introspección de las emociones, las dudas, los sentimientos y las meditaciones, por un lado, y, por otro, el mundo exterior, en compañía y solidaridad con los seres humanos vulnerables y, también, en conflicto con los portadores de odios. Y la poesía alcanza en este deambular propio y, a la vez, colectivo un claro destino para Operé: “Mi oficio es atrincherar la frágil bondad / y derrumbar el magnífico templo. / ¿Seré acaso un terrorista?” (“Mi oficio”, 13).

La acción poética, por tanto, hace su oficio en la actualidad del momento, en la fragilidad de la alegría, en la representación de miedos, en la inaudita e inocente belleza que se presenta incólume

<sup>1</sup> *Ciudades de tiza. Paisajes de papel* (2014); *Refranero de dudas* (2014); *La vuelta al mundo en 80 poemas* (2012); *Cántico Segundo* (2009); *Anotado al margen. Cuaderno de ruta* (2006); *Memorial del olvido* (2005); *Poesía a dos voces* (2004); *Concierto de música y poesía* (2003); *Alfabeto de ausencias* (2002); *Salmos de la materia* (2000); *Amor a los cuerpos* (1997); *Acróbata de ternuras* (1994); *Quién eres tú Betty Blue* (1991); *Despedidas* (1987); *Días de lluvia y otros soles* (1987).

ante los ojos, en la recreación del recuerdo, en las marcas del tiempo, en las señas de la muerte, en las dudas del ser... Y ahí, en la creación, se conforma constantemente una redención indestructible en el texto desde aquel momento del distante pasado cuando el poeta sintió la necesidad de coger un lapicero en la mano hasta el momento presente, al que ha llegado propagándose en el ministerio cotidiano. Por ello, el poema, según Operé, se materializa en acertijo, carta marina, ramillete de interrogantes, crucigrama ... donde tiene que aflorar una sensación de vértigo, una primordial emoción, al auscultar el plato de papa y miga, el vino del amor suave, la mesa de muchas sillas, la morriña, el brillo bautismal del paisaje, el dolor propio y el ajeno, la confusa intuición del ángel desheredado, la amargura y la sonrisa. Y, además, y característico de Operé, sus versos trasudan una perspectiva surtamente intensa en el vórtice de la vida y de la muerte para escuchar o aprender “los misterios / de la sangre en sus oscuros laberintos” (“Emoción poética”, 33).

Por medio de la escritura, el poeta madrileño trasfiere sus intuiciones y vivencias en acto especular y con sesgos de distanciamiento del *yo poético* que no es posible siempre apurar. A la manera de un íntimo blasón, se recorre la humana geografía de la piel y sus sensaciones en varios poemarios de Operé. En *Liturgia del atardecer*, sin embargo, la piel, las curvaturas del rostro y de los ojos, la nariz y los labios testimonian, especialmente, el desgaste en los tapices del otoño de la edad. La mueca del dolor y, asimismo, las copiosas experiencias de los años y los relámpagos de la belleza esclarecen una accidentada geografía de agridulce trago. El poeta reconoce sus ojos que le vigilan, sus labios abrasados por la sed y comidos por el hambre y su nariz (anzuelo interrogante, proa de barco) que siempre busca el aroma de la flor. Mirarse en el espejo comporta un hilván de extranjería y, a la vez, de reconfortante sosiego a pesar de tanta arruga porque se revela “un algo de belleza serena” (“Puertas de mi rostro”, 60). Además, el acto de escritura requiere el mecanismo de la materialización del poema, es decir, la mano que conduzca el lápiz por el papel en blanco. A partir de ahí las manos se concretizan en manos huesudas con ademán de palma, en manos que funcionan como bayetas que limpian los charcos del llanto, del dolor y de los desagües del alma, en una mano ensimismada, ensoñada, distraída en ocasiones, pero también, receptora de las sensaciones de la piel amada, una mano que asedia la culminación de la modelación del poema a través de sus elementos

telúricos y oceánicos en el ciclo cotidiano: “Y la mano en su trajín laborioso / cumplía las leyes primordiales / de la trabajada existencia” (“Labores de la mano”, 50).

El acontecer paulatino, esos pequeños sorbos del día quizá sean la vida, así como la indecisión de la ola pudiera ser la metáfora, o como si las palabras supieran auscultar signos que descifrar. Por ello, el poeta continúa sintiendo la efervescencia de la emoción, la memoria sellada y preservada de calles y muchachas, a pesar de “la impertérrita velocidad / del reloj de arena” (“Fin del verano en la playa”, 28). Los recuerdos y las nuevas experiencias se conjugan, entonces, en fulgores de conciencia y en una renovación de sensaciones. Un olor, por ejemplo, a la manera proustiana, desencadena resonancias primordiales de un amor perdido, nostalgias, una calle regada, un verano al lado de un río, su madre, cigarros, ginebra, sexo precoz, un tango, besos, o el amor embriagante. Y a pesar del paso del tiempo, todo ello es motivo de celebración de la existencia, de remozar la carnalidad, el arrebatado enardecido, la anticipación de la visita de su hijo a Nueva York, recrear magníficamente un bolero o intentar recobrar vívidamente a su hermana en una tarde luminosa, en una tarde de compras, en una larga sobremesa, en un atardecer violeta como profiere el conmovedor poema in memoriam “La próxima cita” (71-73). Y mientras la energía persista, Operé recorrerá tenazmente nuevos senderos con sus sandalias de peregrino porque la vida se convierte en un vals para reverenciar los días, los nuevos propósitos, los viejos aromas, la pasión encendida “en la que dos cuerpos no son suma” (“Vals de la nostalgia”, 67).

El amor, y su carga erótica, late vivazmente en la lírica anterior de Fernando Operé y también palpita en *Liturgia del atardecer*. El deseo y la piel en el ritual de la noche concilian la espera, la anticipación, el olor a sangre y a axila, unidas la emoción antigua y la nueva en el conjuro de la carne y del cáliz incandescente, para escribir un poema “que indague en el umbral de la pasión” (“Poema de amor con canas”, 57). El amor difumina el tedio diario y recompone el canto antiguo de las sirenas en la sosegada belleza de la arena gastada del vientre, en la observación de los ritos cotidianos de la esposa y en su falda de selva para “saborear las doradas uvas” en el crepúsculo vespertino de la vida.

En *Liturgia del atardecer*, Fernando Operé, asimismo, continúa con sus preocupaciones y preguntas por el ser humano desvalido

y desprotegido, por la justicia social, por la actualidad de las crisis migratorias de los refugiados, esos “descoyuntados náufragos grises” que cruzan el Mediterráneo en medio del dolor y del espanto, por los fanatismos religiosos ajenos a los mensajes de conciliación y paz de las religiones cardinales, con un lenguaje sin ambages, duro, inexorablemente directo y, a la vez, de sopesado arte.

Ya en edad de canas, el sereno optimismo vital de Fernando Operé en *Liturgia del atardecer*, ese del peregrino que indaga constantemente en la luminosidad de los días y de los caminos del pasado y del presente para encontrar refugio en los dones y heridas que se despliegan ante su mirada, se cristaliza con tersa naturalidad en la interactiva articulación comunicativa entre el yo poético y sus lectores a través de versos que enarbolan el asombro, la sorpresa y el duende artístico.

FRANCISCO J. PEÑAS-BERMEJO  
ANLE, ASALE y *The University of Dayton*

